

Variaciones Al Jaferia

Obertura

Cuando los bailarines saltan, furiosos, por la ventana, después de llorar sin pausa por sus cuerpos en equilibrio, una gacela de extrañeza se verá en la alta torre asomarse y, fugitiva, morir en su ebrio corazón.

El arpa enloquecida busca un retrato de sombra mientras la rosa de marfil brota de un surtidor. La yedra alfombra una antigua acequia: el tiempo del agua es el inútil vencedor.

En la azotea de alfóncigo, la brisa moja su almizcle con llovizna fría; la noche, desnuda, huye de la carcajada, corre presurosa, cae al vacío.

A

Veintinueve alacranes en la cabeza calcinan el pensamiento.
La cítara nace de un loto posado en la concha de Venus.
Una potra negra avanza por el cauce espumoso del álba.
Entre sus labios se derraman frutos robados en alta mar.
El perfil de un beso se insinúa entre la hermosura desesperada de la mirada y los pájaros abismales de las manos.

Once cabezas llameantes conciben la esférica forma de una tentación.
Un derroche de flores acuáticas estremece las cuerdas de un laúd negro como el ave que lo tañe.
Un cuenco de espuma amanece en la crin veloz de los oscuros eslabones.
La marea de equinoccio devora las manzanas que adornan el acantilado.
En unas manos de plumas azules, el beso deposita la desesperación del rostro de un ángel.

El mañana no dura, se asoma y en seguida desaparece.
Es un relámpago de sombra, una grieta súbita que se cierra mientras se va abriendo
un estruendo de solitarios.

Diecisiete escorpiones en un cráneo derriten el conocimiento.
La tentación, rotunda y quemando, amanece en el cauce esférico de la mirada.
El mar desesperado engendra, súbito, un caballo oscuro con una cabellera de espuma.

El pájaro azul del abismo distribuye los frutos a los lotos abiertos.
El perfil de un ángel busca la potra negra que retrocede en la orilla de un beso.
Cinco chicharras mudas contemplan las manzanas depositadas en la arena.
Venus desesperada devora el acantilado que rompió su concha de alba.
El pensamiento sin carne calcina la cabellera del amanecer huidizo.

Se estremece un laúd negro bajo el beso de un loto que corre en pos de Venus.
En alta mar nueve culebras ardiendo llenan de espuma las manos desesperadas.
Con un estruendo de solos, la cítara nace del beso de un alacrán borracho.
El pájaro azul cabalga la tentación rotunda y se quema.
Súbito, un caballo de sombra con crin de equinoccio se asoma al mañana robado
por una calavera de ángel.

B

Dame la noche con su grito cansado en la garganta.
Te doy el viento avaricioso, su esparto y su gato.
Dame los rizos del muchacho poniendo sal en su sonrisa.
Te diré la palabra en espiral que rodea el cuerpo y alcanza el agua.
Una espada abre el sepulcro lluvioso de la memoria.

Dame el agua fría de la noche para la boca muda.
Dame el aullido del viento en el cabello rizado del muchacho.
Un puñal va clavándose despacio en el pecho de la memoria o la lluvia.
Te doy un gato airoso y un vaso de sol por tu sonrisa.
Te diré un secreto tan llano como la estepa de tus promesas.

Por la navaja se desliza un lagartijo de somnolencia.
En la garganta de la lluvia se clavan rizos de muchacho.
Un gato de esparto entra en el sepulcro de la palabra en espiral.
Te doy el viento avaricioso, su espanto y su grito.
Dame el agua fría que rodea el cuerpo y alcanza la noche.

Dame la noche abierta para el grito y su viento.
 Un estilete de sonrisa derrama sal en la memoria.
 Sobre el pelo rizado de un muchacho cae un gato aullando.
 De la garganta de la lluvia salen tres palabras solares.
 Dame el viento sepultado en la boca del lagartijo.

Te daré la espada abriendo el sepulcro del muchacho rizado.
 Te daré el espanto de la lluvia cayendo sobre el pecho de la noche.
 Un gato aullando se desliza por la estepa de la memoria en espiral.
 Te daré agua fría para gritar hasta saciarte la garganta.
 Te daré la sonrisa del esparto bajo el sol perdido y las palabras descifradas.

C

En la distancia, como en un sobresalto, se incorpora un megaterio de enigma que
 brilla, intermitente, como los goznes de los siglos.
 La angustia gelatinosa mama al pezón de la soledad, la miel amarga de las claudicaciones.
 Desesperada e inmortal, la ventana se unta de terror y se cierra despacio
 como una derrota o una herida tumefacta.
 Con su destino mudo e inexplicable a cuestras, el insomne cruza un gran pasillo torvo
 que es el mundo.
 El olvido poblado de aeropuertos y vasos de cerveza se derrama con una paciencia
 cruel hasta dejar el esqueleto del desdichado tan borracho como su epitafio.

A lo lejos se ve un dinosaurio ciego avanzando lentamente hacia el borde del barranco.
 Por la yesería sonora, el llanto de un destino incierto corre hasta tropezar en un
 presagio cerrado.
 En la guitarra se detiene al fin la luz que desespera.
 Bajo el vidrio azul de las barandas, un gemido encuentra el sueño y mutuamente se devoran.
 Equivocado el olvido, paciente y cruel, puebla de aeropuertos los vasos de cerveza fría.

Un abanico rojo como la desesperanza huye volando de ojos en manos, de manos
 en ojos, de ojos en manos, en vano.
 Con su destino roto e inservible a cuestras, medio dormido y media luna cruzan un
 puente interminable que une la nada con el nunca.
 La ventana se cierra despacio como un fracaso prematuro y blanquísimo.
 En la ausencia, como en un escalofrío, se incorpora un mastodonte de engrudo desorientado.
 Por las cuerdas de la guitarra boga una bovina sonrisa de despedida.

Parecido a su destino mortecino e irreparable, se levanta como plomo y se asoma, ciego, al olor monstruoso de la ausencia.

Un animal infinito y horrendo, enjaulado en su asombro, enmudece el misterioso origen. La piel denuncia el asco del odio absurdo como una pregunta indomada.

Un vestido sagrado huele a bárbara miel de carne resurrecta.

La cena del azar, sin rey, taladrando la voz árida de la penumbra, llueve sobre la planta de la desposesión.

A escondidas, el fervor del azufre resiste sin alivio al abanico de una hoguera.

Por su juventud llora el corazón cobarde bajo el embozo de lo que duele de haber venido para irse.

El desnudo de un milagro descompuesto por la rabia muerde la escritura calcinada.

Untado de espantosa tiniebla, un espejo aniquila la gloria de amar.

De pie la luna se trenza con el sol a cualquier hora por la sonora yesería.

Intermedio

Parece una sucesión de montes y valles ondulando suavemente de uno a otro extremo del horizonte.

¿Dónde el Norte que atraerá la aguja imantada de la más loca de las brújulas?

Se reconocen las palmeras del oasis y las dunas calientes de un desierto de oro.

¿Qué dromedario sediento no ansiaría recorrer tal paisaje?

Una tribu de nómadas desea conquistar esta comarca y aposentar en ella su reino.

Parece una sucesión de valles y montes en cadena: sus curvas y ondulaciones llenan todo el paisaje.

La aguja imantada salta fuera de la brújula y se dispara como una saeta.

Sobrevuela las dunas doradas del desierto y se insinúa, celosa, en las palmeras del oasis.

Buscando algún Norte que le diera sentido, la aguja solitaria se clava en una guitarra.

Y el dromedario saciado siente de pronto una maravillosa sed.

Giran por el espacio dos pequeños planetas y un eje insomne que los va conduciendo.

Trenzadas cuatro piernas, como guirnalda de Afrodita, se alzan los pechos y sus sombras mellizas hasta incendiar todo el paisaje de valles y montes ardiendo.

Los vellos de azabache de leche súbita encanecen.

Una tribu de lujuriosos tocan y besan los montes y los valles, muerden las dunas del desierto y lamen la palmera del oasis.

Parece una ondulación suave del paisaje, un cuerpo de mujer extendido desnudo, una guitarra hermafrodita.

D

Sin prisa, pero sin pausa

¿Goethe?

Escucha la escarcha de los cuchillos cuchicheando cuando los escalones de escayola estallan.

Por tu cabellera grito el nombre de lo imposible, lo imprescindible, lo irreparable. La carne es una leña que arde y se consume sin dar nunca cenizas: más vale la carne que el fénix.

Pequeñas partituras pesando como pluma parten el pan podrido de la pena perdida. El llanto de la luna llena de lluvia la llanura y llueve lentamente sobre las llamas de los labios.

Donde mis dedos ya no pueden apartar las ropas de tu desnudo, se alzan, arrogantes, un beso y un sollozo.

A tus sienes se asoma el estrépito del sudor con sabor a sal o a hiel.

En el veneno de tu melena veo la vastedad de mi anhelo volando al vacío.

El perfume de tu almohada suspende el deseo para sorprender despacio la embriaguez naciente de mi voz.

Porque un rumor de manos ciegas no se nombra.

En la quietud del horizonte, la luz se apaga de pronto al contacto de dos nueces separadas por el calor.

Una cadena sin eslabones, una cadena insaciable, una cadena como el llanto sin fin, el aullido.

El error consiste en querer expresar lo sentido: poesía es otra cosa.

Convocados están los gusanos, las carcomas, las lombrices y las víboras para construir desde dentro a todos esos labios que sonríen mintiendo.

Once cabezas ardiendo conciben el estereofónico contorno de la fascinación.

La ausencia es una yesca para quien permanece en el presente, solitario. Sobre el ajedrez, un brujo sin misericordia despedaza una reina blanca que, hermosa, disfruta tan ominoso castigo.

No se asombra él que sabe: llora callando a solas en la madrugada yerta.

En la escarcha hurgan los cuchillos sin encontrar la escoba caritativa.

Por tu melena me refugio bebiendo negros reflejos de voz arrogante, sin beso.

Ha delinquido: tuvo amores prohibidos. Le aplasta la soledad. Aunque sea inmortal, no le sirve para vivir.

No hay lugar sobre la tierra en donde pueda proclamar el divino nombre tuyo, convulso, con locura.

Una cedilla ceceante se clava, tal un cetro, en la celosía de cedro.
La noche en el espejo se contempla de pie en su gesto al cenit de estrangular el cielo.
Cumplir condena como un culpable cuando sólo se es inocente es un castigo calamitoso.

E

Muy cerca de aquí, hay un país donde los niños comen lunas y panderetas con cintas rojas.

El tenedor del sol se multiplica al infinito para abrasar los planetas que se detienen asustados.
Una pierna del tiempo sale por la ventana. Una pierna morena, con ligas de encaje rojo.
Sobre un espejo sin azogue vacila en reconocerse la imagen exacta de un alma exorcizada.
Los estanques perdidos cruzan por la memoria donde juegan los niños a comerse la luna.

El mundo entero es una luna ahora, una luna ahogada en las bocas de los niños hambrientos.
La madrugada equivocada se arropa en las luces del atardecer y llora, reclinada sobre una rama muerta.

Por el tejado negro va bailando sin cesar una almohada de frío porque quiso ser una perra, y no lo ha conseguido.

En su ilapso, el jinete caído ha escapado de la navaja, sin saberlo.

Un grito verde, en el aire aconsonantado, se desluce, se desalma y se despeña en un eco redondo y multiplicado, hasta dejar un rastro de plata por la arena inviolada.

La niña de la luna mastica su lengua en sueños.

Bajo el galope de los serafines giran los escalones espesos que siempre se descienden, y nunca se consiguen subir.

Manantial de la luz, tierra de jazmines y cuerpos hermosos, mejor motivo de un eterno retorno.

Se besan a través de su delirante imaginación, pero: ¿se encontrarán algún día? «Humo», dice. Escribe: «Noviembre». Pero al mirar la luna, deja crecer el silencio como un árbol de música al viento.

Con temblor de reflejo, el jinete salvado se arrebujá en su almohada de frío donde, alguna vez, durmió una navaja.

En otra época y en un mundo que no es éste juegan algunos niños con piedrecitas de luna a construir un palacio para los panderetes rojos.

Entre el esplendor del cisne y la obsesión de su voz, la momia regresa a su espejo, a su lecho de silencios, su condena.

La sinuosa melancolía bebe en los bordones la fragancia del azahar errante. Bajo el árbol de música al viento, la tarde entera es una luna ahora.

Finale

Mientras el frío ignora cómo el viento prueba los trajes de la triste lluvia, mirar un cuerpo azul despierta el tacto y para agarrarlo la mano embiste.

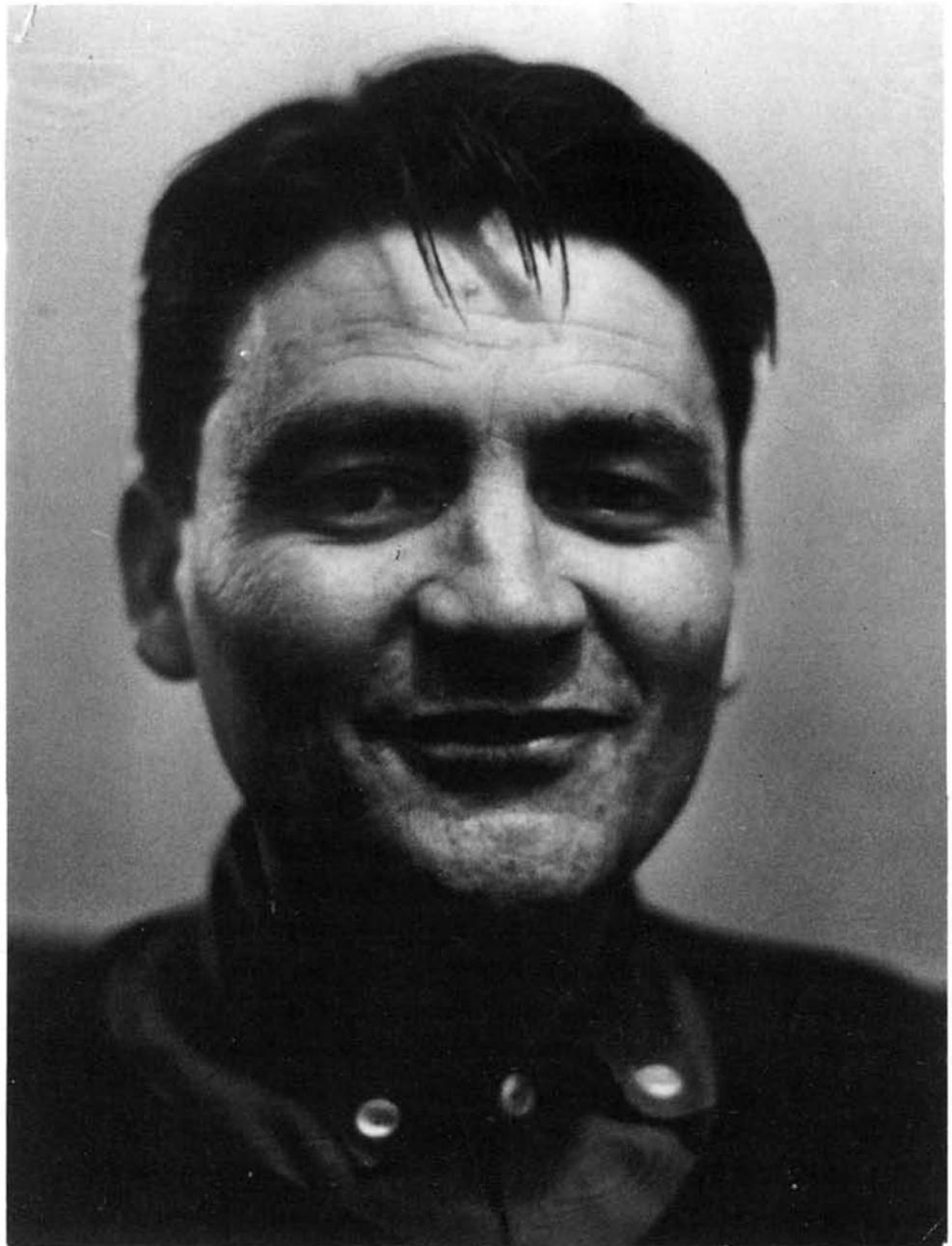
En el alcázar donde moran leonas hermafroditas resuena el laúd mientras con dátiles sus miradas y con miel sus talles transforman la alcoba en sepulcro.

Ataviada de zaituní, la suma sacerdotisa Bayad abre el ajimez, y, tañendo con sus ajorcas una armonía sagrada, avanza hasta el acimut donde danzan, incomprensibles, un ofidio sin yel con una mariposa blanca.

Abu Ibn Safar



«Yo ya viví mi Proceso absurdo y no me dieron ninguna explicación, como a ti.»



Daniel Moyano en 1969